

## Capítulo 4: Diablerie

Furia. Rabia. Sangre y dolor. Las vértebras crujían al transformarse, creciendo y tomando la forma del monstruo, La Bestia. Todos los componentes óseos de su cuerpo se retorcían y adquirían puntas y filos. Algunos se abrían paso fuera de la piel para cubrirla o abrazarla en forma de exoarmadura calcificada, de escudo hiriente. El daño era inocuo, el dolor, inimaginable. La habilidad de los tzimisce para alterar su cuerpo y convertirse en criaturas horrendamente eficaces en la muerte, era una característica muy útil en la lucha por la supremacía nocturna. La visicitud era un poder temible que sólo ellos dominaban y guardaban celosamente. Latente en la sangre, podía transferirse como cualquier otra disciplina vampírica, pero esto no era suficiente para dominar el arte de la carne y la sangre y el dominio de la monstruosidad.

Esta transformación no era simplemente física, la otra cara de la moneda era mental. Cabalgar el frenesí era algo que ahora casi todos los miembros del Sabbat aprendían a controlar. La furia bestial que para otros vástagos podía resultar fatal, llevándoles a atacar y dañar a sus seres queridos o aliados, era sólo un estadio especial para estos seres, capaces de controlar los impulsos a nivel instintivo. Sin las ataduras recatadas de la ética y los principios humanos, los cainitas más amorales de la secta, combatían imbuidos por una rabia desatada que podían conectar y desconectar a placer, mejorando ostensiblemente su rendimiento en combate.

El viejo tzimisce había adoptado su nombre en honor a este aspecto, abandonando y olvidando el que tuvo en vida. Lo cual era una muestra del carácter que lo definía en su máxima esencia.

En aquel extraño lugar, La Bestia se sentía en peligro continuo. El estar lejos de su tierra natal ya era un hándicap para los de su clan, pero el terreno defendido por sus enemigos naturales, los Usurpadores, era como pisar suelo consagrado.

La odiosa gárgola había surgido de la nada y les había cogido sorprendentemente desprevenidos. Aquellas marionetas rocosas eran estúpidas y poco imaginativas, pero

su tenacidad y fortaleza física, las convertían en molestos contratiempos. Había caído sobre Atram y el ataque podría resultar fatal. Así que, no le había costado reaccionar instintivamente en cuestión de segundos y tomar la forma de combate. No es que la antitribu le gustara especialmente. Era en su opinión: inocente, vanidosa, caprichosa, superficial y bastante débil, pero era parte de su manada y los vínculos de sangre funcionaban a nivel emocional, más allá del juicio y el entendimiento. Además, el hecho de ser una traidora del clan al que tanto odio profesaba, otorgaba algunos puntos extra a su favor.

Pese a toda la fuerza y a su armamento corporal, el viejo tzimisce sabía que no podría herir a la gárgola fácilmente, así que, su instinto le hizo cogerla y levantarla para dejarla en una posición más vulnerable a los ataques de sus cofrades. Pantera y De Paso ya se habían mostrado incapaces de superar las defensas que la fortaleza proporcionaba al falso vástago, pero sabía que tanto Lupus como Quatemoc, contaban con las armas necesarias para acabar con ella. La diferencia fundamental era que las garras afiladas que el protean le proporcionaba al gángrel antitribu provocaban daño agravado, tan mortífero como el fuego o la luz del sol para los vampiros. Lo mismo ocurría con la disciplina de extinción que manejaban los assamitas, eran capaces de transformar su sangre en un veneno mortal para otros cainitas y lo untaban en sus armas para acabar con ellos. No se hicieron esperar sus mortíferos ataques que provocaron que la marmórea mole se retorciera de dolor e hiciese caer hacia atrás a La Bestia. Aunque se resistió y revolvió cual demonio del averno, consiguiendo dejar dolorido al tzimisce, la celeridad de sus hermanos hizo el resto del trabajo. Este poder, muy común entre los vástagos del Sabbat y en general, los que se dedicaban a combatir, hacía que sus poseedores se moviesen a una velocidad mayor de la que cualquier humano podía hacerlo.

Cuando hubieron acabado, la gárgola era una burda imagen de un ángel caído, desgarrado y sanguinolento.

En cierto sentido, La Bestia había sido el instructor de la manada en cuanto a combate y disciplinas. Él había proporcionado a Silver Rockets el conocimiento del uso de la

plata contra los despreciables hombres lobo. Les había proporcionado las claves idóneas de la Vaulderie, para que, con el tiempo, el intercambio de su sangre, hiciera que compartiesen sus poderes de clan y pudiesen desarrollar los de sus cofrades y las claves principales para usarlos en la lucha.

No podía dejar de revolverle las entrañas cada vez que el alfeñique de Pantera se adueñaba de los éxitos de la cofradía en alguna refriega. El lasombra siempre intentaba que coordinasen sus habilidades en equipo y las pocas veces que la cosa salía medio bien, creía que su método resultaba determinante.

El tzimisce era inflexible en la opinión de que los instintos individuales dirigidos por la bestia interior de cualquier descendiente de Caín eran lo principal. En general, para el viejo voivoda, cuando tenía que elegir entre los rasgos humanos como la racionalidad y la reflexión y las características instintivas de los depredadores naturales, siempre se inclinaba hacia los segundos. Pensaba que eran las fuerzas y capacidades individuales las que, unidas fortuitamente, marcaban la diferencia. Ninguna planificación ni coordinación manipulada por un estratega manejando sus hilos podía cambiar eso. A parte de que esos métodos coincidían demasiado con los utilizados por sus más odiados enemigos, la Camarilla y sus maestros los Antediluvianos.

La Bestia seguía fervorosamente la senda de Caín. Una corriente de pensamiento y acción de las más antiguas y más comunes entre los miembros de la secta. Esta senda de Iluminación que, como las otras, les servía a los sabbat para alejarse de la humanidad que los ataba a su pasado y abrazar su nueva condición, promulgaba los preceptos de aceptación y comunión con todo lo que tuviera que ver con Caín y la maldición de la sangre. El conocimiento y erudición de la historia cainita, así como la plena sintonía con la bestia interior y con las demás características y disciplinas vampíricas. Antonio De Paso y Atram habían sido sus aprendices en la senda desde que entraran en la manada, en cambio, el resto de integrantes de Silver Rockets, seguían otros principios claramente inferiores en importancia.

Por todo aquello y por una infinidad de motivos más, no entendía cuál era la razón de

que él no fuese el ductus de la cofradía. O al menos el sacerdote. Lupus y Quatemoc apoyaban al débil lasombra y le negaban lo que le pertenecía. Él era más viejo, más sabio y más poderoso que Pantera y su militancia en el Sabbat, se remontaba casi a la época de su fundación. Le correspondía el puesto y además podía ejercer su derecho de Monomacia para demostrarlo. Sin embargo, sabía fehacientemente que el vínculo que unía a los tres cainitas mejicanos, parecía incluso rebasar su lealtad hacia la secta y que, sólo el que ellos cambiasen de opinión por sí mismos, o que un lance fortuito acabase con el lasombra, podría cambiar la situación. Pero si de algo se vanagloriaba La Bestia, era de ser paciente cuando había que serlo. La recompensa llegaría por sí sola, era solo cuestión de tiempo que todo se pusiera en su sitio. Y la misión en la que ahora se encontraban parecía estar llevándoles al límite.

Tras asegurarse de que no existía ningún otro peligro inmediato, Lupus, Quatemoc y él mismo se acercaron a los otros. De Paso sostenía el cuerpo de Atram entre sus brazos, parecía en shock. La tremere antitribu yacía lánguida y aparentemente sin vida. Pantera la inspeccionaba muy serio buscando algún signo que le indicara si había alguna posibilidad de que se recuperara:

- ¿Cómo está? - Estaba preguntándole a De Paso.

-No tengo ni repajolera idea. Creo que se nos va, maldita sea mi estampa. No lo vi venir. – Una lágrima roja recorría la mejilla del templario que sujetaba a la malograda cainita entre sus brazos. No parecía que Atram estuviera recuperándose pese a que el abrumado tzimisce le estaba dando a beber de su propio brazo. Un vampiro podía regenerar heridas fatales usando la sangre con su sola voluntad. Y sangre había mucha, pero había algo más. Un líquido azul fosforescente se entremezclaba con toda la vitae que manaba del cuerpo y estaba provocando algún tipo de alquimia desconocida. La Bestia controló fácilmente sus instintos ante la vista de tal cantidad de alimento, pero se dio cuenta de que Quatemoc apartaba la mirada rápidamente.

- ¿Qué es esa cossa viscosa y azul? –Preguntó. Cuando se agachó para tocarlo, su propio cuerpo estaba regresando a su tamaño y forma normales. La ropa que llevaba estaba toda desgarrada y agujereada por el cambio, sólo le había dado tiempo a tirar el

viejo guardapolvos al suelo antes de la transformación. Tendría que volver a hacerse con algo por ahí si no quería ir dando el espectáculo por la calle. Las cicatrices, crestas, venas y ampollas que asomaban no le daban un aspecto precisamente saludable, por no decir humano.

-Me viene que es una conchada de líquido de un frasco que recogió por ahí, en la habitación aquella de los libros. Mirá, el frasco se quebró bajo la túnica. ¡La puta que la parió, se borró la etiqueta, che! –

Como tantas veces, observó La Bestia, De Paso sucumbía a su debilidad dejándose llevar por la desesperación y se podía percibir la impaciencia que iba acusando el semblante de Pantera. La situación se complicaba más y más y seguramente, de un momento a otro, el lasombra se vería definitivamente sobrepasado y perdería el control.

-Quédate tú con Atram, Antonio. De momento, no podemos hacer nada. Intentaremos sacarle algo a la Regente antes de acabar con ella. Si se recupera, nos alcanzáis – El semblante aparentemente sereno del ductus no convencía al viejo voivoda, sabía que le estaba matando no poder ayudar de ninguna forma y que el tiempo se le acababa. Sus palabras estaban vacías, las utilizaba para guardar las apariencias. Al final tendría que rendir cuentas y ese sería su momento. Pero ahora, como el lasombra había dicho, lo importante era ver qué podían sacar de la Regente. Y él tenía algunas ideas.

Mientras La Bestia se ponía su raído guardapolvo recogéndolo del suelo, Lupus, que no había guardado aún las garras y Quatemoc con la cimitarra chorreando sangre venenosa, se adelantaron hacia la misteriosa pirámide.

Medía unos cuatro metros de alto, por lo que en su interior solo podría haber otros cuatro metros cuadrados de habitáculo. Tales medidas no podían albergar nada más que una pequeña sala, a no ser, claro está, que lo que veían solo fuera la punta del Iceberg. Cuando descubrieron la escalera que descendía al más puro estilo de los dibujos de Escher, hacia las profundidades, el voivoda se temió lo peor. No obstante,

tras una primera toma de contacto, se dio cuenta de que tan solo se trataba de otro truco más. Sólo tuvieron que bajar dos tramos de peldaños y ya alcanzaron lo que parecía la base de la estructura.

El tzimisce comenzó a rezongar, harto como estaba de tanto subterfugio, pero quedó en silencio cuando sus sentidos aguzados captaron el peligro del lugar al que habían llegado. Aquella era una sala mucho más grande de lo que se percibía en un principio, formada por paredes y techos de cristal transparente en muchos casos y de espejo en otros, albergaba pasillos y recodos que conformaban una imagen imposible de dimensiones y proporciones incalculables. Tardó unos segundos en percatarse de que se trataba de un laberinto. Los malditos tremere, esos sucios y tramposos embaucadores creían que podían tratarles como ratones de feria. La furia del viejo voivoda se iba incrementando con cada nueva afrenta y ya apenas podía contener sus ganas de tratar con la responsable de todas aquellas injurias. Le haría desear no haber desafiado su honor, es más, le haría suplicar para que le diera su final definitivo.

Lupus avanzó sin pensárselo hacia la entrada. De pronto, la imagen de una joven mujer con gafas y una toga gris con entramados jeroglíficos se le apareció cuando estaba a menos de un palmo y le susurró con una voz extrañamente lejana:

- ¡Vomita!, monstruo.

La arcada fue instantánea. El gángrel antitribu comenzó a expulsar sangre por la boca como si estuviera explotando por dentro. No tardó en quedar arrodillado en el suelo y ciertamente incapacitado. Cuando Pantera se lanzó hacia él para sujetarle y protegerle, la Bestia, en cambio, se enderezó y comenzó su transformación de nuevo. Si esa zorra iba a intentar robar sus reservas de sangre, no le permitiría que lo hiciera antes de utilizar toda la que necesitaba para el combate.

Mientras la furia roja invadía su visión, pudo observar a Quatemoc abalanzándose a toda velocidad, contra el lugar donde la imagen de la tremeré había aparecido y

descargando su cimitarra contra aquella superficie. Pero lo único que consiguió fue hacer estallar en mil pedazos la entrada del laberinto. Allí no había nadie y los sentidos del viejo voivoda se resintieron con el estruendo, impidiéndole concentrarse en la situación de su enemigo.

Había muchas incógnitas a resolver para preparar la batalla en ciernes. ¿Estaba sola la Regente?, ¿Contaba con ayuda preparada de algún tipo más allá de sus propias disciplinas vampíricas? Los tremere eran conocidos por haber desarrollado rituales especiales, predominantemente defensivos, que les protegían en circunstancias en las que se hallaban en aparente desventaja.

La usurpadora había utilizado la disciplina de dominación para darle una orden inevitable, valiéndose además de algún truco con espejos e imágenes. Debían andarse con mucho cuidado y él lo sabía. Se debatía entre decírselo a sus camaradas o guardárselo para sí. Lo cierto es que el momento era casi ideal para sus planes de ascenso, si la regente había podido doblegar la voluntad de Lupus, significaba que su generación vampírica era mayor que la del gángrel y eso la hacía potencialmente una buena pieza para él, pero sus vínculos de sangre con Lupus y Quatemoc, incluso con el maldito lasombra, le torturaban. Y, al fin y al cabo, tenía sus dudas al respecto de si podía lograr vencer a la tremere él sólo.

El frenesí invadía ya su mente a niveles conscientes haciendo que todas sus interrogantes se desvanecieran. Su máxima de no pensar demasiado se hacía firme cuando la transformación en cuerpo y alma se completaba. A partir de ahora, los instintos le conducirían por el camino correcto sin diatribas ni objeciones. El viejo voivoda se lanzó hacia el laberinto sin contemplaciones. Dejó atrás a Pantera y los demás y utilizó las garras y apéndices de sus extremidades para desplazarse por la pared y el techo a la manera de los insectos. Sabía que eso le proporcionaba una ventaja inmediata y poderosa contra cualquier tipo de adversario en un recinto cerrado. Se desplazó en silencio, tratando de alcanzar un punto desde el que poder tener una ventaja táctica. Boca abajo, encaramado al techo para poder ver por encima de las paredes que formaban los pasillos y recodos, observó agazapado desde una

encrucijada haciendo girar el cuello 360 grados.

Pese a no tener ninguna referencia de la posición de su enemiga, que debía poseer entradas ocultas a falsos pasadizos, sospechaba que sus cofrades le servirían de algún modo como cebo. Mantenía a los demás localizados mediante sus sentidos aguzados por el auspex, esperando a que ella intentase algún ataque como el anterior y poder así localizarla. Lupus se había quedado a la entrada, incapacitado por la pérdida masiva de sangre, mientras que Pantera y el assamita antitribu se desplegaban separados por diferentes pasillos.

El plan no tardó en funcionar, un fuerte estruendo procedente del corredor que estaba cubriendo Quatemoc, señalaba que ella había hecho su movimiento. Bastaron menos de diez segundos para que La Bestia, en su forma monstruosa, alcanzara el lugar. Pero allí solo estaba el cuerpo inconsciente de su camarada. Se hallaba sentado contra una pared de espejo quebrada, totalmente quieto y con la vista fija hacia delante. La fina astilla que le surgía del pecho, entre los tatuajes, indicaba que había sido estacado. El tzimisce conocía bien esas viejas tretas de los tremere. Manipulaciones sobre la sangre de otros vástagos, trampas con astillas o fuego. Nunca les importó el honor ni las formalidades de las viejas costumbres y eso les hacía aún más odiosos a ojos de los otros clanes, en especial, el suyo. Así que, aquel ataque se trataba de una trampa preparada, la regente le había vuelto a engañar. Ella no había revelado su posición mientras que él, en cambio, había quedado expuesto. Se alejó del lugar rápidamente para evitar ser emboscado, dejando a Quatemoc donde estaba. No caería otra vez en su juego, sospechaba que si intentaba recuperarle sacándole la astilla ella lo aprovecharía para cogerle desprevenido. Además, seguramente Pantera aparecería de un momento a otro y presumiblemente, él sí caería en el ardid de la bruja, llevado por los fuertes sentimientos hacia su cofrade.

Lo que no había esperado fue ver acercarse a Lupus, más cauteloso que de costumbre, en pos de su compañero. Había algo en aquella escena que lo desconcertaba. El gángrel antitribu, visiblemente desmejorado aún por su falta de sangre, se tambaleaba hacia Quatemoc cabizbajo y casi sin tenerse en pie. Sus movimientos no eran



naturales, parecía como si algo lo sujetase mientras avanzaba. Lo más extraño era que, aunque Lupus no llevara sus garras características del poder de protean preparadas, seguramente porque no andaba sobrado de sangre, ni siquiera había desenfundado su querido machete. Esto último, terminó de convencer al tzmisce de que se estaba urdiendo un truco, pero no acababa de entender de qué se trataba. El juego de espejos que reflejaban a Lupus y al assamita antitribu infinitamente no ayudaba a resolver el misterio y cuando, forzando los sentidos al máximo desesperado, acabó por fin de vislumbrar un fugaz zarcillo de sombra que le sacaba de su estupor, toda la escena se lanzó antes de que pudiera hacer nada.

La tremere había caído en el viejo truco del titiritero. Ese del que tantas veces había oído hablar a Lupus, de cuando aún él no se había unido a la manada. Apareció entre unos espejos que se abrieron justo detrás del cainita. Desprevenida, creía tener la situación bajo control y a su presa ya vencida. Cuál fue su sorpresa al ver caer desplomado al gángrel inconsciente y de pronto ser apresada, amordazada y levantada en volandas por unos tenebrosos tentáculos de sombra. Aquellos apéndices del abismo, en realidad habían estado sosteniéndolo todo el tiempo y la habían sorprendido justo en el momento en el que ella invocaba su ritual. El engaño había surtido efecto y ahora se debatía en el aire, indefensa y arrastrada de espaldas hacia su captor.

- ¡Noooooooo! – Gritaba desesperada. – No podéis hacer esto, malditas bestias. ¿Cómo habéis entrado aquí? Es imposible. Me han traicionado. Os destruiré.

La Bestia se lanzó sin pensarlo hacia la regente, no podía dejar pasar aquella oportunidad, esa presa era suya por derecho. Avanzó a terrible velocidad por el techo hasta que se encontraba a la distancia propicia y saltó en pos de ella, girando en el aire, justo cuando casi había llegado al lugar donde la esperaba Pantera. El lasombra, plantado junto al final del corredor, recogía sus tentáculos que le brotaban del torso, como si de unos miembros extensibles adicionales se tratara. Aunque no lo pareciera, el esfuerzo de sujetar a la tremere debía ser considerable para su voluntad, lo que debió provocar que no fuera consciente de la repentina aparición del tzmisce que

calló sobre su presa con garras y dientes y huesos y comenzó a destrozarla.

-Querrida Rrebeccaah trremerre, esste esss tu finaaaaaa. – El horrendo espectáculo que provocaba con su destrucción, mezclado con los ahogados gritos de la vástago, eran música para sus propios oídos. Dulzura, arte y puro gozo. Cuando la indefensa e incapaz cainita caía ya en la inconsciencia hacia el desenlace definitivo de su no vida, el viejo voivoda ajeno a al mundo que lo rodeaba, imbuido por un frenesí devorador casi místico, se dispuso para el broche final, la Diablerie.

Y en ese instante fue cuando notó el dolor, lejano, casi inapreciable. Ni siquiera se había percatado de que se habían desplazado durante la escabechina. Pero allí estaba, justo delante de su rostro, junto al de la desvanecida tremere, la cara de Pantera. El tzimisce y su presa, estaban ahora en el aire. En posición vertical y sujetos por los tentáculos del lasombra. Se hallaban ensartados en su espada de Plata. La Bestia se vio doblemente reflejado en las lentes de las gafas de sol del ductus de la manada cuando éste dijo lentamente, con una voz fría como el hielo:

-No te atreverás. – Su cara mostraba un rictus de rabia desafiante. La mandíbula apretada mostrando los colmillos.

- Ah, ¿no?, ¿Y quién fa a impiedírrrmelo?, ¿Tú? - La Bestia se empujó hacia atrás sujetando la espada con las manos para sacársela, pero su cabeza no se separó de la de Pantera porque utilizó su capacidad de transformación para alargar el cuello mientras lo hacía. Sabía que su condición de monstruo abominable le proporcionaba una ventaja intimidatoria frente a sus oponentes, y además, no quería separarse del cuello de su víctima.

-Soy, másss ggrande, másss fuerrrte, másss viego y másss poderrriossso quie tú. – Dijo entre escupitajos sanguinolentos, con su sibilante voz, mientras juntaba su aguiña nariz a la del lasombra. La herida que le había provocado la espada sanaba rápidamente y el dolor solo le motivaba aún más - Y yo he acafado con la ussurrrpadorra. Ess mi botín de guerra.

-Sabes perfectamente que no has sido tú quién la ha derrotado. – La expresión corporal del lasombra se fue transformando hacia una posición menos amenazante y más aleccionadora mientras terminaba de sacar la espada del cuerpo de la tremere – Te has separado del resto yendo por tu cuenta, lo cual nos ha debilitado y diezmado, tú que tanto te vanaglorias de luchar por la manada. Y luego, has aprovechado el momento en el que ya estaba vencida para intervenir. Además, no tienes la autoridad en esta cofradía para decidir una cosa así. Por no decir que ni siquiera hemos podido interrogarla. –

El tzimisce podía intuir el temor bajo la arrogante máscara del ductus. Ahora estaba solo, sin sus amigos para que lo apoyaran. Frente a frente, con su mayor rival en el liderato de la manada. Podía incluso acabar con él y reclamar su derecho a ello ante los demás inventando alguna excusa. Podía ser su momento.

- Y, por cierto - dijo Pantera como restándole importancia al asunto y dando un paso atrás de forma casual – Hice algunas averiguaciones antes de venir aquí. Rebecca pertenece a la Octava generación de Caín. No te sirve. La Bestia era de la Séptima generación, así que necesitaba vástagos de generación inferior para que realmente aumentaran su poder al ‘diabolizarles’.

-Eso esss mentirrra - Gritó el tzimisce con furia - Dijiste que no safíasss nada de ella – Las dudas comenzaron a asomar a la mente del voivoda que se aferró al cuerpo más todavía.

-Cierto, eso es lo que dije – El lasombra guardó su espada y se cruzó de brazos - Como líder, tengo derecho a guardarme información para mí. Pero eso no le resta gravedad a tu acción.

-Esstásss mintiendo... lo sssé. – Quería engañarlo, estaba casi seguro. Pero...lo cierto es que, ahora que se paraba a pensarlo, la sangre de la tremeré no le había parecido especialmente potente, ni difícil de extraer, cualidades que solían reunir las vitae de

los vástagos de inferior generación que la propia. Y aunque le había funcionado su poder de dominación con Lupus, este pertenecía a la Novena generación, por lo que no había ninguna evidencia a la que aferrarse. La duda comenzó a desarmarle y su ímpetu bajó de intensidad. Empezó a sentirse engañado, frustrado. Ese maldito alfeñique iba a tener motivos para reñirle y volver a quedar por encima.

- ¿Qué ocurre? - La voz de Lupus rompió el silencio de sus cavilaciones. El tzimisce agarró fuertemente por unos instantes más el cuerpo de la Regente. No quería salir derrotado en aquella ocasión. Había sido su momento, pero se estaba esfumando como una niebla matutina. El gángrel antitribu se acercaba lentamente, casi arrastrándose, todo cubierto de sangre, sujetando bajo los brazos a un inconsciente Quatemoc.

- Nada - Comenzó a decir Pantera, mirando desde sus gafas a los ojos de la Bestia. – El viejo me ha ayudado a acabar con la usurpadora y ahora me aconsejaba a cerca de los entresijos de la diabolización.

Un silencio sepulcral se mantuvo entre ellos durante unos segundos. – Si, ¿eh? – Es lo que llegó a decir Lupus, que miraba a sus cofrades alternativamente, aparentemente no muy convencido con la explicación del ductus.

-El tíerrmino corriecto es Diablerie. – Soltó el voivoda. Tiró el cuerpo a los pies de Pantera y con un giro teatralizado, haciendo sonar su guardapolvos, se alejó a grandes zancadas. El tiempo me dará la razón, pensó. El tiempo siempre me da la razón.